

El cerebro de
DONALD TRUMP

¿Quién es el Presidente magnate?



Eloy Garza González

Nelson
Editorial

Eloy Garza González (1969), escritor, empresario y CEO de *Dickens Group* y del *Centro Cultural Mandela* (uno de los espacios artísticos más importantes del norte de México). Miembro fundador y Secretario General de la AITyC (Academia Internacional de Tecnología y Conocimiento). Es abogado, especializado en derecho administrativo y con estudios de Maestría en Letras Españolas (UNAM). En su faceta de editorialista ha publicado en diversos medios hispanoamericanos como *Nexos*, *El Universal* y la revista *Voz y Voto*, más de un centenar de artículos sobre política internacional, negocios y literatura. Es autor de *El erotismo en Alfonso Reyes* (1987), *La Transición: Memorial del cambio político en México* (2000) y de la obra de teatro *Celebrities* (2015). Conferencista y reputado analista liberal.

El cerebro de DONALD TRUMP

El cerebro de DONALD TRUMP

¿Quién es el Presidente magnate?

ELOY GARZA GONZÁLEZ

Fotografía de autor: Ramón del Valle

Diseño de portada: Julio Romero

Edición: Blanca Olga Rodríguez

©2017, Eloy Garza González

Derechos Reservados

©2017, Nelson Editores

Bajo el sello editorial Nelson M.R.

Avenida Lázaro Cárdenas 2225

Colonia Valle Oriente

C.P 66260 San Pedro Garza García, Nuevo León, México

www.nelsoneditores.com.mx

Primera edición: enero de 2017

D.A. 03-2017-011311470600-01

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 2229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Art. 424 y siguientes del Código Penal).

Impreso en los talleres de Litográfica Nelson

Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

*"we have some bad hombres here, and we're going
them out"*

*("Tenemos algunos bad hombres aquí y los vamos a ex-
pulsar")*

Donald Trump

*"Yo no estoy en la política. Yo estoy en los índices de au-
diencia. Y estoy ganando."*

Roger Ailes, *fundador de FOX News*

Índice

INTRODUCCIÓN: THE DONALD

DONALD TRUMP: EL CEREBRO DEL PRESIDENTE MAGNATE

1. TRUMP: EL ESPEJO NEGRO DEL NARCISO
2. SABIDURÍA DE LA BESTIA RACISTA
3. GAMES OF TRUMP
4. HILLARY CLINTON: ERRORES DE LA DAMA BIFRONTE
6. TRUMP'S STYLE PARA HACER DINERO
7. COMPLACENCIA HACIA TRUMP
8. LA ERA DE LA POSVERDAD
9. PUTIN Y LAS MALAS COMPAÑÍAS DE TRUMP
10. EL MURO DE LA FATAL ARROGANCIA
11. ES QUE NO ES ASUNTO NUESTRO
12. SOCIEDAD TELÉMACO

EPÍLOGO: SOCIÓPATAS, PSICÓPATAS Y AVENTUREROS

Introducción: The Donald

“El pueblo debe saber si su presidente es un sinvergüenza o no. Bueno. Yo no soy un sinvergüenza”.

Richard Nixon

“La peor cosa que puede hacer un hombre es permitir quedarse calvo. Nunca te permitas quedarte calvo”.

Donald Trump

Ocurrió como nota al margen, durante el tercer debate presidencial entre Donald J. Trump y Hillary Clinton. La sede era la Universidad de Nevada, en Las Vegas. Se discutían posibles soluciones para la inmigración y la forma como encararían este espinoso asunto ambos candidatos. El magnate se exasperaba. Las manos crispadas. El ceño fruncido. Los nervios a flor de piel. Todo el repertorio de ansiedades volcadas al escenario como preludeo de una frase sussurrante, dicha entre dientes: *we have some bad hombres here, and we're going them out* (tenemos algunos *bad hombres* aquí y los vamos a expulsar).

En el mismo debate Trump se refirió a Hillary Clinton como *nasty woman*, en tono peyorativo, de manera que el exabrupto del Bad Hombre pudo pasar desapercibido, pero las redes sociales son una antena sensitiva que recoge

las señales de lo ridículo y lo vuelven viral en un par de minutos, mediante memes, tuits, posts.

La frase de Trump acabó como *trending topic* con el hashtag #BadHombres. Más que referirse a los migrantes mexicanos, el neologismo (inventado en spanglish), aludía a sí mismo. Donald Trump es un Bad Hombre. Uno más de la pandilla de machos que gobiernan varios países del mundo. Narcisista, ególatra, sociópata. Ningún mandatario tan pintoresco, exótico y peligroso como él. ¿Qué guarda en su cerebro este sociópata que funge como Presidente magnate de EUA? ¿Quién es el verdadero Donald Trump?

The Donald (como lo apoda su primera mujer, Ivana) llegó a la Oficina Oval de la Casa Blanca legítimamente, aupado por la mitad de la población activa, tras recibir 61.2 millones de votos en las presidenciales, en su mayoría ciudadanos de origen europeo, blancos, trabajadores rurales o viviendo en ciudades en decadencia como Pittsburgh o Detroit. Es una enfermedad de la democracia dislocada. Su advenimiento es la culminación de una racha de Bad Hombres en los cargos públicos pero *The Donald* es el peor de todos.

Ha sido el único presidente que llega "sin maletas", a la Casa Blanca, como ironizó Henry Kissinger, con la ventaja de controlar el Ejecutivo, el Congreso, (Obama había perdido la Cámara en 2010 y el Senado en 2014), y nombrando al sucesor de Antonin Scalia, con un Tribunal Supremo afín a sus políticas. A pesar de ese escenario a modo, Trump carece de programa para gobernar, sus exabruptos como el plan de "una sola China", los bandazos graves como los de su posición tendenciosa sobre el conflicto israelo-palestino o contestar llamadas imprudentes como la de la presidenta

de Taiwán, le deslucen la imagen del que ha gozado como embaucador.

Trump está decidido a abandonar el Transpacific Partnership (TPP), lo que dará paso franco a China en toda la cuenca del Pacífico. El presidente chino Xi Jinping se dio el lujo de decir en el Foro Económico Mundial, versión 2017, que promocionará la “liberalización del comercio y la inversión, diciendo no al proteccionismo porque nadie saldrá vencedor en una guerra de divisas”. De manera que Trump se queda solo en el campo de batalla del nacionalismo a ultranza. Quiere que el Congreso le otorgue un billón de dólares para mejorar la infraestructura (como si fueran banqueros que le abren crédito para sus inmuebles privados), y promete que doblará el Producto Interno Bruto 4% anual, arreglando, entre otras cosas, lo que se conoce como dislocación empresarial. O sea, intervencionismo estatal puro.

El cerebro de Trump, educado en Wharton, criado en el *jet set*, opera de manera similar al de los sujetos desalmados, ególatras, narcisistas, intolerantes, vulgares, enemigos del establishment (lo cual lo reviste con ciertas prendas ennoblecidas) y convencidos de arremeter contra los políticos profesionales, usando partidos como el Republicano, que deshuesan apenas arriban al pináculo del poder; los triturarán o los mandan al astillero de las organizaciones políticas desvencijadas. Una sarta de mercenarios que abordan el barco de las formaciones políticas como hizo *The Donald* con el GOP (Grand Old Party) para atracar en las costas del poder y luego quemar las naves. Su canto de guerra es: “*I alone can fix it*”.

Los Bad Hombres como *The Donald* son sociópatas. No empatizan con los demás. Aunque transmitan engañosos

afectos, carecen del mínimo remordimiento y exageran sus logros. Trump presumía que su Taj Mahal tenía 52 pisos de altura, cuando las plantas de la 3 a la 13 no se construyeron. Algunos son peores que otros. Pero todos son amantes del poder, machistas en su vida privada y pública. “Nada mejor que acompañarse de una nalga fresca y bella” según confesión de *The Donald* en una entrevista, donde también dejó claro que los hombres de negocios de cierta edad deben salir con mujeres jóvenes. Trump es capaz de sintetizar la belleza física de sus exesposas como “buenas tetas, cero sesos”.

Los Bad Hombres como Trump son la moderna versión política de *La pandilla salvaje* (*The wild bunch*), western de Sam Peckinpah donde los cuatreros y bandoleros son lobos en manada pero íntimamente solitarios. Sin embargo, a *The Donald* le estorba el sentido heroico de los personajes que interpretan William Holden y Ernest Borgnine. No honra su palabra. No le hace falta. Ha sido diagnosticado como un tumor del tejido social, pero lo toma como cumplido. Su divisa es la hipérbole, la exageración. Decía que sus hoteles con casino eran las empresas que más daban empleo en Nueva Jersey, cuando apenas ocupaban el octavo lugar. Confundía a la prensa informando que levantaría una construcción de 90 pisos, al lado de la ONU, cuando en realidad era un edificio de 72 plantas con techos altos. Se decía la estrella más grande de Hollywood entre otros autobombos.

“Yo podría disparar a la gente en la Quinta Avenida y no perdería votos”, alardea Trump. Sonríe autosuficiente con esa mueca esquinada que lo identifica y la mano que levanta como garra. *The Donald* es el héroe de sí mismo. El ídolo que adoran los espejos. El chivo en cristalería. Su amigo Steve Wynn dice que con su vociferante promoción, “y su

casi cómico uso de la hipérbole, convierte la fanfarronada en un arte". Su psicología anómala empata mejor con la película *Goodfellas* (*Buenos Muchachos*). El protagonista, Henry Hill (Ray Liotta) incursiona en una banda de criminales con convicción emotiva: "desde que tuve uso de razón quise ser un gánster". Desde que tuvo uso de razón, *The Donald* quiso ser el chico más temido del barrio, al precio que fuera, para cumplir la misión de vida que se impuso: "aquel que piensa que el dinero no lo compra todo, es porque no ha ganado lo suficiente". En los años 90 decía valer 5 mil millones de dólares y en el *jet set* de Nueva York nadie lo tomaba en serio.

Las instituciones, la abstracción del Estado, salta por los aires cuando hace su aparición, a la mitad del foro, *The Donald*, personero de la política, antipolítico. Aprovecha la crisis y el descrédito de la partidocracia. La personalización de la política refleja los destellos luminosos pero siniestros de líderes carismáticos como *The Donald*, con pinta de predicadores, populistas, con soluciones simples a problemas sociales y económicos complejos; se dicen representantes del ciudadano común, enemigos del viejo orden, xenófobos, expertos en corregir las desigualdades y defensores acérrimos del proteccionismo estatal.

En un primer momento suelen restaurar la esperanza social. Transmiten la sensación a las familias de bajos recursos de que se preocupan por ellas. Pretenden ser sus representantes. Conjurán la frustración popular. Por eso, soslayan la mediación entre su figura y el pueblo de organizaciones no gubernamentales, de asociaciones civiles o gremiales. Suelen navegar entre las aguas de la izquierda y la derecha, indistintamente. Trump admiraba a Hugo Chávez y Putin acepta ser el ídolo de Trump.

The Donald suele ser histriónico como el mencionado Hugo Chávez. Los mandatarios como *The Donald*, más propios de Moliere que de Shakespeare, más biografiados de Suetonio que de Tucídides, seducen al pueblo con sus cantos de sirena, prometen que volverán ricos a los sectores medios de la población. Eso sí, imponen la condición de perpetuar su apellido. En cierta ocasión, Trump compró un club de golf en Bedminster, Nueva Jersey, que se llamaba Lamington Farm. El antiguo dueño quería mantener el nombre de la propiedad pero Trump se opuso tajantemente: "Lamington Farm no significa nada para la gente, pero mi nombre atraerá una enorme cantidad de publicidad gratuita. De igual forma demostrará que habrá calidad ahí y nos ayudará con el marketing". En realidad, su nombre le ha funcionado como marca, y le ha dado un aura de celebridad.

The Donald es una seducción colectiva del norteamericano blanco, que recuerda el poema de Margaret Atwood, *Siren Song*: "Esta es la canción que todo el mundo quisiera aprender: / la canción irresistible: / la canción que obliga a los hombres / a saltar por la borda en escuadrones / aún cuando ven los cráneos varados en la playa / la canción que nadie conoce / porque todos los que la oyeron / están muertos, y los otros no pueden recordarla".

The Donald aceptó someterse a un proceso electoral (EUA tiene más de 250 años viviendo en democracia), pero bajo advertencia de que si los resultados le eran adversos, podía rechazar su derrota. De esa manera amedrentó sesgadamente a las autoridades electorales e hizo valer su mano férrea como líder carismático. La disidencia, la oposición a este tipo de redentores como *The Donald*, que apabullan el sistema político, suele ser víctimas de amenaza o repre-

salias. Los Bad Hombres se ubican en los linderos de la delincuencia. Habladas y blandronadas.

Los líderes populistas como *The Donald* hacen cambios a la Ley o se aprueban una Constitución política *ad hoc* beneficiando sus intereses personales, abusando del poder para acrecentar su patrimonio familiar, aunque supuestamente deleguen el control de sus negocios a sus hijos, para no incurrir en delito. Y se apropian de medios masivos para socavar la reputación de sus rivales. No es que disuelvan el sistema político de su país: es que lo ajustan a su conveniencia. Les gusta poner en práctica el culto a la personalidad. Comienzan de redentores y terminan como hombres fuertes. Son los Bad Hombres, personeros de la política. Y ya hicieron su aparición en EUA saltando de la empresa a la liza política.

The Donald liderea la tribu de salvajes improvisando a las puertas del infierno, como imaginó el poeta *beat* Lawrence Ferlinghetti. Pretenden mantener para sí el gusto popular sembrando mentiras y exageraciones que echan a correr a las calles animadas de rostros ansiosos, que pusieron detrás de barricadas ilusorias, que entonaron como canciones proféticas. Líderes como *The Donald* han sido los poetas del encantamiento y la hipnosis popular. Su ambición por quedarse con la Presidencia de EUA no es reciente. En 1999, fue invitado del programa *Larry King Live*. Ahí anunció que formaría un comité exploratorio para tomar la decisión. Cuando King le preguntó quién sería su vicepresidente, Trump no dudo en responder: "Oprah". Por cierto que cuando King le trató de convencer para que volviera realidad su deseo de ser candidato presidencial, Trump lo rechazó de inmediato, negando con la cabeza: "Tengo mucho que perder. Soy, de lejos, el promotor inmobiliario más grande de Nueva York. Estoy levantando edificios de 90 pi-